

cosas circundantes. De aquí ese impulso imitativo que el cine proporciona. Es una búsqueda, casi siempre fallida, para encontrar en la realidad y mostrarse uno mismo con esa pujanza que el «cine» pone en las cosas.

Ahora bien, ese continuo fracaso provoca cada vez con más intensidad, un ilimitado «asombro»; hace que el choque entre el mundo cinematográfico y el mundo habitual gane en intensidad, y repercute incluso en las actividades vitales de cada uno.

Pero aparte de que, siempre situados en el «asombro» como estrato último de las percusiones provocadas por el cinematógrafo, éste concurra al «cine» por huir a un mundo más grato, aquél por hallar el descanso consecuente a la inhibición intelectual, lo cierto es que a todos promueve hacia una pregunta que si no llega a formularse al menos se precede por una singular inquietud en el alma. ¿Qué son en verdad los entes que aparecen en el cine tan extrañamente potenciados? Y así el cine, el recuerdo de su mundo, adquiere un alcance propiamente filosófico que impele a una pregunta, que, sobre todo, sitúa al espíritu reflexivo en una postura filosófica. Una vez más el recuerdo, al remover el olvido, se hace filosofar.

VI

Servidumbre e inquietud

Pero, aunque en el cine se evidencia, no es la descrita una cualidad exclusivamente cinematográfica, sino que pertenece a la técnica en el tercer estadio. El mismo sentimiento de asombro y de proximidad al ser, creo que se experimenta en

